

# CONTRA EL POPULISMO

*CARTOGRAFÍA DE  
UN TOTALITARISMO  
POSTMODERNO*

---

*José María Lassalle*

---



Vivimos cercados por la fealdad, el populismo la desolación. Nuestro tiempo se ha hecho hostil para quienes aman la libertad. Especialmente si a través de ella se quiere cultivar la belleza y la sensibilidad humanas. Un inmenso naufragio nos desborda y crece la sensación de que no hay nada sólido a lo que asirnos en medio de nuestra soledad.



**DEBATE**

# Contra el populismo

Cartografía de un totalitarismo  
posmoderno

JOSÉ MARÍA LASSALLE

**DEBATE**

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## Índice

### Contra el populismo

1. La democracia estremecida
2. El colapso de la Ilustración
3. Klee en las Torres Gemelas
4. Romanticismo *neocon*
5. El proletariado emocional
6. Seducciones antipolíticas
7. Hobbes revisitado
8. Agitaciones nietzscheanas
9. Horizontes de posthumanidad
10. Entre los escombros del futuro
11. Cuidar la libertad

### Sobre este libro

Sobre José María Lassalle

Créditos

*Para Valeria y Adriana, porque la esperanza siempre lleva más lejos que el miedo*

## 1

## La democracia estremecida

Un estremecimiento sombrío recorre la superficie de Occidente bajo el nombre de «populismo». De norte a sur y de este a oeste, avanza sobre la piel de la democracia minando su crédito y legitimidad. No se sabe cómo, pero se ha extendido sin apenas réplicas. Al principio fue una anécdota, después adquirió carta de naturaleza en las urnas y ahora amenaza con aposentarse en el poder de forma generalizada, aupado por el tsunami de los votos.

A su paso se han roto tabúes y cruzado líneas rojas que se creían infranqueables. Ha logrado debilitar e incluso cuestionar los fundamentos de los consensos cívicos que sustentan la paz social en Europa y Norteamérica desde la Segunda Guerra Mundial. Tras su arremetida, todo se ha puesto en duda. Ninguna de las instituciones que han definido la cultura jurídica de la civilización liberal desde las llamadas «revoluciones atlánticas» hasta nuestros días está a salvo.

Todo ello se debe a que se ha originado a partir de seísmos profundos que han removido los sustratos del inconsciente colectivo de Occidente. De ellos han brotado pulsiones complejas y ambiguas que se creían olvidadas y que resucitan antiguas reflexiones, como las que abordaron Toc-

queville y Ortega al prevenirnos frente a los riesgos que aloja la arquitectura igualitaria y masiva de la democracia cuando no se preservan límites al servicio de la libertad individual y el pluralismo.

Esas pulsiones conllevan ahora una factura formidable. Primero, porque sus vínculos con la globalización tecnológica y con la irrupción de nuevos modelos de identidad masiva y virtual son capaces de desestabilizar el relato mismo de la Ilustración y, con él, las bases materiales de su epistemología, sensible y corpórea. Y segundo, porque al desdeñar de forma abierta la racionalidad instrumental introduce en el debate democrático una razón populista que dota peligrosamente de emoción a la política y, de paso, «descolonia» intelectualmente las estructuras de pensamiento que supuestamente han «normalizado» situaciones de dominación y patriciado inaceptables a sus ojos.

Todas estas circunstancias conducen a que el populismo entrañe una creciente potencialidad totalitaria. Desprovisto de las aristas más despreciables del totalitarismo clásico, adopta una fisonomía novedosa que lo hace aún más inquietante y peligroso. No en balde se desliza por los meandros de lo aceptable para la opinión pública. Estaríamos, por tanto, ante un totalitarismo de baja intensidad, un movimiento tendencial o inaugural cuya aparición incipiente no repugna todavía a los resortes mayoritarios de lo asumible políticamente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

En realidad, el populismo actual plantea un modelo de democracia alternativa. Niega los patrones institucionales, representativos y legales del modelo vigente y, al mismo

tiempo, ofrece otro que apela directamente a la gente para sobredimensionar la esencia popular de la democracia. Ello a partir de un planteamiento de liderazgo que intensifica la horizontalidad de este para construir y conservar una voluntad política mayoritaria; una voluntad que articule de manera pacífica a una mayoría que aspire a ser permanente.

El objetivo final del populismo es conquistar y preservar el poder al precio institucional que sea. Para lograrlo propone una fórmula posmoderna de sociedad cerrada que se sustenta en el resentimiento y el miedo, y que parte de una reconfiguración corrompida del concepto de pueblo. Ya no hablamos de aquella idea que manejaron las revoluciones atlánticas para definir la suma de los ciudadanos que daban soporte colectivo a la soberanía nacional que fundamentaba la ley y se sometía a ella. No: hablamos de otra cosa. El populismo apela al pueblo no como sujeto, sino como víctima. Es el depositario de un derecho a la venganza, el que reclaman los humillados y ofendidos por un sistema de castas que ha hecho de la democracia un trampantojo de sí misma.

Schmitt vuelve a la política. Y con él su dialéctica amigo-enemigo y su idea de legitimación del poder por aclamación de un líder redentor. A este le corresponde la función mesiánica de regenerar la democracia y devolvérsela al pueblo manipulando su inestabilidad emocional y convirtiéndose, primero, en portavoz de sus frustraciones y, después, en sanador de sus heridas mediante un clientelismo que desactive el miedo y dé rienda suelta al resentimiento. Ambas tareas le confieren un aire de vengador, y él las asocia al empeño de muscular permanentemente el sentimien-

to comunitario del pueblo desplegando una épica de combate frente a sus enemigos.

Y es que para los populistas el pueblo tiene que estar movilizado en la defensa activa de su *statu quo*. Su energía comunitaria nunca puede enfriarse, y menos aún verse maniatada por atavíos de institucionalidad. Si el pueblo es el único activador del cambio, nada puede debilitar la fuerza transformadora que constituye su razón de ser cuando responde a la llamada de su líder en pos de la regeneración de la patria. En este caso no hay límites al cambio. Ni siquiera el entramado de legalidad puede oponerse a su dinámica. Kelsen sobra dentro de los esquemas populistas, y con él cualquier lógica de institucionalidad formal y representativa.

Digámoslo más claramente: el populismo tiene una vocación regeneradora abrasiva. Quiere regenerar el tejido comunitario necrosado por el legalismo y los controles institucionales arrancándolo de raíz. Busca así devolver al pueblo su protagonismo mayestático. Para ello el líder actúa directamente en su nombre y apela a él sin necesidad de intermediarios. Estos desaparecen porque la teoría de la representación es una artimaña para quitarle la voz. Por eso el pueblo debe volver a la mayoría de edad. Pero no en términos kantianos, sino en términos populistas, es decir, reivindicando una racionalidad populista que lo someta sin fisuras ni dudas al líder y a su relato de regeneración colectiva.

De ahí la importancia de mantener a la sociedad tensa desplegando un relato épico que estimule su musculatura. Un relato que la ponga en plena forma a través de su movi-

lización permanente. «Ni un átomo de grasa elitista en su cuerpo» es el lema. Bajo el populismo se vive, por tanto, en un estado de guerra perpetua dentro de la sociedad. El objetivo es derrotar a los enemigos de la gente y a todos los que exhiben el *spleen* conformista, inmovilista y decadente de las castas.

## 2

## El colapso de la Ilustración

Para entender el proceso populista hay que hurgar en la estructura emocional de las sociedades occidentales y en el colapso de la Ilustración. Precisamente entre los escombros de la fe en el progreso que coronaba su infraestructura política repta silenciosa y oculta a los ojos de la opinión pública la serpiente de un populismo que puede convertirse en la columna vertebral de un nuevo Leviatán totalitario, si se dieran las circunstancias.

Que nadie se extrañe de esta afirmación. Tropezar con las piedras de la historia es tan viejo como esta. La humanidad aprende con los siglos, pero también, por desgracia, olvida muy fácilmente y muy deprisa, en menos de una generación.

La experiencia colectiva que justifica y razona la esencia de la democracia, cuando no se mantiene viva por medio de una adecuada pedagogía generacional, puede perderse de un día para otro. Algo que sucede en estos momentos en la política occidental, para sorpresa de casi todos, pues hace tan solo una generación nadie habría creído posible la existencia de las figuras populistas que desestabilizan las democracias de Europa y Norteamérica. Dichas figuras son, tres generaciones después de la Segunda Guerra Mundial,

realidades difíciles de soslayar. En todas ellas se proyecta una rebelión subversiva, una revolución electoral que ha activado críticamente nuestro presente al combatir mediante el empleo vengativo de los votos una élite de poder político, intelectual, económico y social al que acusa de haber traicionado al pueblo queriendo engañarlo y manipularlo.

Consecuencia de ello es que Occidente sufre el ascenso inesperado de un populismo que ha sabido trenzar con habilidad un discurso antipolítico con múltiples registros demagógicos, si bien un discurso que, a pesar de su heterogeneidad, no duda en considerar enemigo común a la democracia liberal y representativa. A ella la acusa de estar en manos de una «casta» corrupta que gobierna de espaldas al pueblo, una casta que es la consecuencia perversa de un diseño institucional fallido al que hay que combatir desde su raíz representativa con una superposición de experiencias sensibles, como el miedo, la incertidumbre, el desamparo, la inseguridad o el malestar que se han adueñado de la mayoría de la gente desde el 11-S y la crisis económica y financiera que estalló con la quiebra de Lehman Brothers.

Hablamos, por tanto, de experiencias sensibles que utilizan la razón populista como arsenal dialéctico con el que destruir la cosmovisión ilustrada y la idea de contrato social que legitima el derecho a la acción política y al cambio reformista desde la institucionalidad legal y las estructuras deliberativas. Se trata de reventar —mediante el empleo de sucesivas minas emocionales— la arquitectura de la democracia liberal surgida del siglo XVIII. Y todo ello con la excusa de hacer tabla rasa, acercar la democracia a la gente y plasmarla en la realidad, para lo cual sobran adjetivos que la

deforman y debilitan. Adjetivos, precisamente, como «liberal», «representativa», «formal» o «legal».

Al grito de «¡Que no, que no, que no nos representan!», una dinámica asamblearia de visibilidad tecnológica ha creado una ficción de masas en acción que, en el caso español, fue paradigmática gracias al famoso movimiento del 15-M. Con él se puso en circulación un fenómeno populista que finalmente se transformó en el catalizador del malestar colectivo y dio lugar al nacimiento del populismo en nuestro país.

A unos meses de las elecciones generales del 20 de noviembre de 2011 se forjó la ficción colectiva de que España vivía una especie de «Primavera Árabe», mediante la acción combinada de la comunicación audiovisual masiva y la proliferación de las redes digitales. La mítica plaza Tahrir de El Cairo se desplazó hasta la Puerta del Sol, y la ola de indignación que se llevó por delante la dictadura de Mubarak se trasplantó a Madrid mediante una combinación demagógica de imágenes y tuits. El hemiciclo de San Jerónimo fue sustituido por una ágora mediática y digital que se llenaba de tiendas de campaña y tumultuarios debates que utilizaban los iPhone como papeletas de voto.

Más allá de la justificada indignación que provocaban las noticias de corrupción que entonces se hacían visibles a pesar de remitir a escándalos que habían tenido lugar años antes, lo cierto es que España se vio estremecida por la experiencia colectiva que protagonizaban miles de madrileños en una plaza pública que, por otra parte, se llenaba, aunque sin consecuencias políticas, todas las noches de Fin de Año.

La sensación de que tenía lugar una escalada revolucionaria parecida a la que condujo a la toma de la Bastilla o al asalto al palacio de Invierno se adueñó del ánimo de la mayoría de los españoles y, todavía hoy, permanece en el ambiente social como una experiencia latente que puede reactivarse. Es más, España asistió en tiempo real a una impugnación de su Transición democrática. Desde entonces, nuestra democracia asume un lastre de legitimidad que no quiebra sus estructuras, es cierto, pero que, sin embargo, debilita sus fundamentos de consenso. De hecho, a partir de los debates suscitados con el 15-M la espada de Damocles pende sobre la Constitución de 1978, al ponerse en duda su legitimidad como marco común de nuestra convivencia. No en balde, el empeño populista de describirla como una especie de Constitución «Punto Final» ha hecho posible que sean muchas las sombras que la cuestionan abiertamente casi cuarenta años después de su aprobación. Quizá la más turbia e inquietante de todas sea la que ve en ella una constitución culpable que legitimó que los vencedores de la Guerra Civil no fueran los perdedores de la restauración democrática.

Y aunque las elecciones de noviembre de 2011 no llevaron a los promotores del movimiento populista al poder, lo cierto es que desde el 15-M nada ha vuelto a ser igual. El cerco antipolítico que sufrió nuestra democracia provocó fracturas muy profundas que han ensombrecido la confianza que el conjunto de la sociedad siente hacia el relato fundacional de la democracia española. De ellas han surgido los resortes electorales que han hecho posible la aparición de un populismo partidista que se ha convertido en el se-

gundo actor electoral y político de nuestro país. Una parte significativa de la sociedad española asume el populismo y cree que es necesario impugnar las reglas de juego democráticas para que la gente recupere la iniciativa política y pueda cambiar las cosas radicalmente.

La democracia española se ha «sentimentalizado» abruptamente desde el 15-M. La causa reside en la irrupción de una corriente de indignación colectiva que desprecia la institucionalidad por su hiperformalismo y alejamiento del pueblo. Una pulsión que despliega barricadas posmodernas y que socava todos los días los consensos que nos hicieron creer que vivíamos en una democracia modélica que había resuelto sus conflictos históricos con la contemporaneidad. España vuelve a vivirse como problema. Y no solo por la presión que plantean los nacionalismos, sino también porque una parte significativa de la sociedad niega la legitimidad de nuestro sistema institucional, de la Corona a la forma de representación parlamentaria sobre la que se estructura nuestra democracia.

A diferencia de otros momentos de la historia, no se trata de una anomalía exclusiva de nuestro país. Occidente vive inmerso en procesos de deslegitimación democrática muy similares. Esto demuestra que estamos ante un fenómeno universal que tiene que ver con factores históricos globales que cuestionan las certezas políticas heredadas. De hecho, la democracia misma está en entredicho, porque todo lo que nos rodea también sufre el mismo proceso de impugnación de lo establecido. La piel del planeta y de los seres humanos muta arrastrada por una corriente de inquietud y sospecha que propicia el desmoronamiento de los pilares